

Juan Antonio Cebrián

Bruno Cardeñosa

Carlos Canales

Jesús Callejo

10^a
EDICIÓN

ENIGMA

DE LAS PIRÁMIDES DE EGIPTO
AL ASESINATO DE KENNEDY



La madrugada se viste de misterio. Se está emitiendo la tertulia de «La Zona Cero» de *La Rosa de los Vientos*, el popular programa que dirige Juan Antonio Cebrián en Onda Cero. Este prolífico escritor y periodista capitanea un estuendo equipo de expertos en descifrar enigmas: Bruno Cardeñosa, Jesús Callejo y Carlos Canales. Todos juntos forman la «tertulia de las 4C» que lleva siete años trasnochando en busca de respuestas a las grandes incógnitas que la Historia esconde todavía entre sus páginas. *Enigma* es fruto de esas inagotables y apasionantes charlas nocturnas. Por él desfilan pueblos y culturas míticas, iconos del cristianismo, inventos antiguos, herejes, caballeros legendarios, sociedades secretas, tumbas perdidas de personajes célebres, grandes hallazgos científicos que resultaron fraudes... Una narración amena y erudita que da lugar a un catálogo imprescindible de los enigmas más inquietantes de la Historia, en donde Cebrián y su equipo diferencian entre mito y realidad, entre especulación y hecho históricamente probado, sin miedo a contradecir, llegado el caso, las teorías más firmemente asentadas.

Este libro está dedicado a nuestras musas inspiradoras; Silvia, Begoña, Julia y Beatriz. Gracias a su complicidad, comprensión y cariño hemos conseguido, seguramente, llegar hasta aquí. Por tanto, a los Dioses debemos que nos concedieran semejantes compañeras, que, a modo de hadas benefactoras, han esclarecido nuestros caminos en este planeta cuajado de peligros.

Prólogo

Las 4C entran en acción literaria. Buenas noches, mi nombre es Alfredo y escribo desde Barcelona. Mi pregunta es: ¿llegó realmente el hombre a la Luna? Me llamo Blanca y mi duda consiste en saber si los nazis consiguieron fabricar armas milagrosas. Queridas 4C, os escribo desde Valencia, mi nombre es José Luis y la pregunta es: ¿es auténtica la Sábana Santa? Y así durante años hasta completar un inmenso archivo preñado de cuestiones formuladas a los contertulios reunidos en torno al misterio generado por la antena de Onda Cero Radio en sus madrugadas. Jesús Callejo, Carlos Canales, Bruno Cardeñosa y yo mismo llevamos varios años acompañando las inquietudes de miles de oyentes ávidos de saber cada noche un poco más. La verdad es que me siento muy seguro al lado de mis compañeros; ellos, cual mentes renacentistas de nuestro tiempo, siempre han sabido estar a la altura de nuestra exigente audiencia. Y sé que se puede confiar en estos ilustrados viajeros de lo ignoto porque a lo largo del tiempo en el que me honran con su amistad, nunca han desatendido ninguna obligación por difícil que ésta fuera. Cientos de monográficos, tertulias, programas especiales, debates..., en todo momento estuvieron al máximo nivel y no es de extrañar que sus apariciones radiofónicas se esperen con cariño, complicidad y pasión. Cuentan con una legión de seguidores que serían el orgullo de cualquier comunicador en este

maremágnum de informaciones equívocas, desestabilizadoras y banales.

Ahora iniciamos juntos el trasiego por el complicado mundo literario. Es, de alguna manera, la consecuencia lógica de tantos años de buen trabajo. Recuerdo con emoción nostálgica la primera vez que me situé ante un micrófono dispuesto a divulgar los mayores misterios de nuestra humanidad. Fue el 16 de septiembre de 1991 cuando inaugurábamos las emisiones de madrugada en Onda Cero con mi programa *Turno de Noche*. Ese día un jovencísimo Cebrián daba paso a una suerte de contenidos tan distintos como originales para las noches radiofónicas. Entre la oferta se encontraba una sección a la que titulé «La Zona Cero», cuyo principal colaborador era un excelso profesor de filosofía llamado Germán de Argumosa y conocido popularmente por sus investigaciones durante los años setenta sobre el fenómeno parapsicobiofísico. Junto al mítico profesor aprendí lo que se debía saber en torno al raciocinio y su difícil relación con la heterodoxia de lo enigmático. Fueron tres temporadas absolutamente brillantes en las que investigamos, analizamos y difundimos casos paranormales del más amplio espectro. Más tarde, llegarían capítulos renovadores en los que los mejores estudiosos y difusores del misterio se pasaron por el programa sorprendiendo a propios y ajenos. En ese sentido cabe destacar a Fernando Jiménez del Oso, Juan José Benítez y Javier Sierra... ellos y otros muchos nos entregaron la virtud de su sabiduría y en el terreno personal, el orgullo de una amistad que se ha mantenido hasta nuestros días. Aunque también hubo terribles pérdidas como la del anteriormente citado Jiménez del Oso, un druida de lo insólito, el cual más que un colaborador fue un amigo entrañable que me ayudó a comprender las inquietudes fundamentales de nuestra humanidad.

En 1997 *La Rosa de los Vientos* tomó el relevo de *Turno de Noche* y, mientras las secciones cambiaban de título, escenarios y colaboradores, «La Zona Cero» permaneció in-

mutable dado el seguimiento entusiasta de sus ya innumerales leales. El 5 de julio de ese año celebramos la Alerta Ovi más multitudinaria de la historia gracias al emergente poder de internet y, al poco, concreté el sueño de ver reunidos a mis especialistas favoritos, de cuya amistad gozaba desde varios años atrás. Por fin, con Jesús, Carlos y Bruno pude hacer realidad el viejo proyecto de crear una tertulia dedicada en exclusiva a divulgar la temática que tanto nos apasionaba a los miembros de las 4C. Desde entonces han transcurrido siete años y por la mesa de trabajo de nuestro estudio de locución han pasado cientos de cuestiones a las que hemos podido responder con mayor o menor acierto. Pero, en todo caso, nuestra ilusión y ganas de hacer bien las cosas, creo, sinceramente, que han trascendido más allá de los micrófonos impregnando los corazones, así como estimulando las mentes de personas tan curiosas como nosotros.

En este libro el lector encontrará la esencia de «La Zona Cero», sus enigmas y misterios más frecuentes, las cuestiones más sugerentes por las que nos hemos interesado en los últimos tiempos: desde las fundamentales y perdidas civilizaciones antiguas hasta las conspiraciones más sonoras. En estas páginas viajaremos a la Atlántida, soñaremos con Egipto, nos llenaremos de emoción ante la figura de Jesucristo, nos preguntaremos por el verdadero carisma de los templarios, emularemos al rey Arturo, sabremos qué hay de cierto en el hermetismo de algunas sociedades secretas, resucitaremos a herejes de la historia, buscaremos las tumbas más importantes de la crónica humana, temblaremos ante los planes nazis e intentaremos resolver mediante el ADN algunos capítulos ocultos de nuestro acontecer humano. En definitiva, cien preguntas que han aparecido con insistencia ante nosotros formuladas por oyentes que no se conforman con la supuesta realidad ofrecida tradicionalmente, y que son, sin duda, portavoces de otros miles que ansían conocer todas las hipótesis disponibles sobre los mayores enig-

mas de nuestra civilización. Les invito a dejarse llevar por las sensaciones emanadas desde esta obra. Pero ahora discúlpeme, pues debo atender nuevas preguntas formuladas por los amigos de *La Rosa de los Vientos*. Queridas 4C, os sigo desde hace años y mi pregunta es: ¿murió asesinado Tutankamon? Hola, mi nombre es Manuel y quisiera saber si hubo una conspiración del gobierno en el asesinato de Kennedy. Mi nombre es Isabel y me gustaría conocer todo lo que pudierais contarme sobre las modernas técnicas de investigación de ADN y su importancia en la resolución de enigmas históricos. Hola, soy Francisco y tengo dieciocho años; sólo quería saber cuándo nació exactamente Jesús de Nazaret y, por supuesto, muchas felicidades por vuestro programa que sigo a escondidas de mis padres desde hace cinco años...

JUAN ANTONIO CEBRIÁN

Las Rozas, abril de 2005

Capítulo I

Culturas y civilizaciones del pasado

¿Existió la Atlántida?

La eterna evocación de un pasado mejor sigue moviendo a las diferentes generaciones de humanos en su lento transitar por el planeta Tierra. Esa búsqueda incesante de una magnífica edad de oro en la que todo era bienestar y progreso ha suscitado pasiones encontradas, anhelos y que muchos investigadores dedicaran sus vidas a la confirmación más o menos rigurosa de ese tiempo feliz. Sobre la Atlántida se han escrito hasta la fecha más de dos mil obras literarias e incontables reportajes periodísticos. Sin embargo, tanta elucubración apenas se sostiene en una única fuente documental: los celebrados *Diálogos* de Platón. Y, así es, por asombroso que parezca, uno de los mitos legendarios de nuestra civilización partió de un pequeño texto elaborado por el filósofo griego a mediados del siglo IV a. C. En el documento, el discípulo aventajado del inmenso Sócrates nos revela una conversación en la que se narra la existencia de un remoto paraje en el que floreció una cultura descendiente directa del dios Poseidón. Son en realidad los diálogos *Timeo* y *Critias* por los cuales sabemos que en 590 a. C., el sabio Solón visitó Egipto, donde un anciano sacerdote le narró la fascinante historia de la Atlántida. De vuelta a Atenas, Solón le transmitió la historia a Critias y éste, a su vez, a su hijo de idéntico nombre. Platón se enteró del relato y nos legó el supuesto conocimiento de este reino ejemplar. En el texto se nos expone que antiguamente existió frente a las columnas de Hércules una gigantesca isla mayor que Turquía y el norte de África en su conjunto. Tras ella se podía atisbar un continente, supuestamente el americano, aunque los griegos, en la época de Platón, desconocían su existencia. Siguiendo con el relato platónico, el origen de la Atlántida cabe atribuírselo a Poseidón, dios del

mar, quien levantó semejante tierra para albergar a su amada Cleito y a las cinco parejas de gemelos fruto de su relación. Estos vástagos fueron fundadores de diversas dinastías —siempre bajo la supervisión del primogénito Atlas— con las que se pobló este auténtico paraíso virginal. Poseidón dotó a la Atlántida de una climatología propicia para que pudieran florecer todo tipo de cultivos y bosques. Los atlantes disfrutaron de majestuosos paisajes en los que moraban animales salvajes y domésticos. Asimismo, trazaron ciudades de urbanización impecable con una capital esplendorosa en la que destacaban sólidas murallas reforzadas con oricalco, bronce y estaño. En la plaza principal de dicha ciudad se levantaba una majestuosa fuente por cuyos caños manaba agua templada y fría. Como vemos, la situación de la Atlántida era muy semejante al ideal de una civilización perfecta, incluso sus leyes políticas y judiciales impedían cualquier conflicto entre los pueblos atlantes. Por desgracia, los habitantes de la isla se dejaron cegar por el materialismo y, poco a poco, se fueron desvinculando de sus dioses protectores. La fortaleza del imperio hizo pensar a sus dirigentes en la posibilidad de conquistar el mundo conocido. Y, tras reunir a los ejércitos, emprendieron diferentes guerras que les condujeron a las puertas de la mismísima Atenas, donde fueron rechazados. No obstante, tanta osadía hizo recapitular a Poseidón, quien, en castigo por la rebeldía de sus descendientes, destruyó, en un solo día, la obra de tantos siglos. Hasta ahí, la versión platónica sobre este asunto. Pero lo que no dejaba de ser una simple narración de la Grecia clásica, de la que Aristóteles —discípulo de Platón— llegó a decir que no era más que una invención fabulada de su maestro, se convirtió en un suceso de alta magnitud y, a lo largo de los siglos, fueron cientos los investigadores que trataron de ubicar, exactamente, la Atlántida. Como es lógico, surgieron tantas versiones como exegetas, apareciendo Atlántidas en todas las latitudes del globo terráqueo: Escandinavia, donde los vikingos en sus

sagas habían hablado de un tal Atland; Reino Unido; Estrecho de Bering; Cáucaso; océanos Indico y Pacífico, en los que surgieron los supuestos continentes de Lemuria y Mu, equiparables a la Atlántida... En definitiva, nos encontramos ante una de las historias más sugerentes de nuestro acervo mitológico. Nunca sabremos si la Atlántida existió realmente, si se hundió por un cataclismo natural o por el impacto de un meteorito destructor, si fue anegada por las aguas provenientes del deshielo polar o si fue desintegrada por causa de una explosión atómica. Sea como fuere, su presunta datación histórica abarcaría una horquilla desde el 8000 a. C. hasta el 550 a. C. Y el lugar más fiable por el que se inclinan la mayoría de los investigadores estaría en el centro del océano Atlántico, con algunas muestras supervivientes tales como las islas Canarias, Azores, Madeira, Bermudas o Cabo Verde. Una hipótesis relativamente reciente sitúa la Atlántida frente a las costas de Cádiz y considera a Tartessos el último vestigio atlante. En cambio, otras líneas de trabajo nos indican que los últimos atlantes podrían ser egipcios, beréberes, mayas o algunas poblaciones africanas de Bering. Que cada uno se apunte a la teoría que le parezca más atractiva. Yo me abono a que todos somos descendientes de la Atlántida y que nuestros corazones pertenecen a ella, y de ahí nuestros latidos evocadores de un mundo que sin duda fue mejor.

¿Quiénes construyeron Teotihuacán?

«El lugar de los que siguen el camino de los dioses». Esto es lo que significa el nombre de Teotihuacán, la más grande, deslumbrante y mágica ciudad precolombina de Mesoamérica. Y aunque su construcción se atribuye a los sangrientos aztecas, lo cierto es que, cuando estos hombres deambulaban por esta gigantesca urbe hecha «a medida de los dioses», sus enormes pirámides llevaban muchos siglos en pie. Ellos la encontraron allí y la ocuparon, pero de sus constructores no sabían nada más que lo que sus leyendas les decían. Y esas tradiciones les obligaban a mirar a las estrellas para encontrar a los arquitectos de una ciudad que, en su momento de esplendor, llegó a estar ocupada por más de 250.000 habitantes. Esto quiere decir que, en el siglo IV, en la época de la Roma de Constantino, Teotihuacán era la más populosa de las ciudades que existían en la faz de la Tierra.

Cuando los aztecas llegaron a Teotihuacán, la encontraron cubierta por una espesa vegetación que casi hacía imposible distinguir nada bajo ella. Pero en cuanto se empezó a despejar de verde toda la planicie —ubicada a cincuenta kilómetros al norte de México D. F.— quedó al descubierto una impresionante ciudadela construida a partir de una avenida central a la que posteriormente se ha llamado Calle de los Muertos, al final de la cual se encontraba la pirámide de la Luna, mientras que a mitad de recorrido se edificó la pirámide del Sol, de 228 metros de lado y 64 de altura, un gigantesco monumento compuesto por dos millones y medio de ladrillos cocidos al sol. Para levantarla, al igual que se descubrió en la gran pirámide de Keops, sus constructores emplearon entre sus medidas el número pi, a pesar de que, oficialmente, dicha constante matemática no

fue utilizada en América hasta tiempos relativamente recientes.

Las investigaciones nos obligan a aceptar que los constructores de esta urbe disponían de conocimientos astronómicos muy avanzados, cuando se analizó la orientación de la Calle de los Muertos. Por lógica, y como suele ocurrir en todas las construcciones del pasado, dicha orientación debía ser sur-norte o norte-sur, es decir, que debía seguir las pautas de los puntos cardinales. Sin embargo, los investigadores se encontraron con algo sorprendente. El primero en descubrirlo fue Stansbury Hagar, del Departamento de Etnología del Instituto Brooklyn. Averiguó que existían en torno al eje central de Teotihuacán una serie de alineaciones astronómicas que posteriormente fueron confirmadas por otros estudiosos. Dedujo que, entre otras cosas, los monumentos de esta ciudad reflejaban posiciones orbitales de planetas del sistema solar como Júpiter, Urano, Neptuno o Plutón. El problema es que, cuando esa ciudad fue construida, nadie en el mundo sabía de la existencia de esos planetas, cuyo hallazgo por parte de los astrónomos se produjo mucho después.

La pirámide del Sol es probable que fuera construida para señalar el centro del universo.

Nadie ha podido datar la construcción de la ciudad. Eso sí, partiendo de los datos estelares reflejados en la singular distribución de sus principales monumentos, algunos estudiosos han supuesto que puede tener entre tres mil quinientos y seis mil años de antigüedad.

Pero entonces, según la cronología oficial, la civilización apenas se había desarrollado en América. Sin embargo, las alineaciones astronómicas obligan a mirar en esa dirección por mucho que no encontremos referencias exactas de la existencia de un pueblo capaz de semejantes prodigios arquitectónicos.

Podría sospecharse que los constructores fueron los olmecas, que habían sido los primeros en dejar un legado arqueológico de consideración y cuya antigüedad podría ser superior a los tres mil años. Aun así, el misterio no se aclara, puesto que el mismo origen de los olmecas es otro enigma. De ellos conocemos unos bustos que dejaron clavados en las tierras de México y que representan su rostro, en cuyos rasgos negroides se identifican hombres llegados desde lejanos continentes que en absoluto presentan rasgos indígenas. Quizá la existencia —no reconocida oficialmente— de conexiones entre antiguas civilizaciones puede explicar mejor el origen de los pueblos que levantaron esta imponente ciudad. ¿Acaso esta suerte de intercambio cultural es la explicación para las sorprendentes coincidencias matemáticas entre la pirámide del Sol y la gran pirámide de Keops? Como hipótesis parece totalmente válida...

Aun con todo, los enigmas que rodean a esta ciudad siguen siendo irresolubles. Sirva citar un último dato: la mica que recubría dicha pirámide en el corazón de México procedía de una cantera ubicada en el Amazonas, a más de tres mil quinientos kilómetros de distancia. Según el guión oficial de la historia, nadie puede justificar cómo estos hombres pudieron desplazar la mica desde tan lejanos enclaves sin disponer —en apariencia— del desarrollo adecuado para hacerlo.

Todo esto quiere decir que, sin lugar a dudas, quienes levantaron la «ciudad de los dioses» eran hombres de saberes fluviales, arquitectónicos y astronómicos superiores a los propios de la época. Es como si en el libro de nuestra historia pasada se hubiera perdido algún eslabón que quizá pueda esconder el secreto de las antiguas civilizaciones...

¿A qué fines sirvió Stonehenge?

Es el principal monumento prehistórico del Reino Unido y uno de los grandes enigmas de nuestra civilización. Sito a unos cien kilómetros de Londres en las llanuras de Salisbury, hoy en día sigue provocando debate entre historiadores y curiosos, los cuales no se ponen de acuerdo sobre las verdaderas causas por las que fue construido este impresionante conjunto megalítico.

Mucho se ha elucubrado sobre los albores de Stonehenge, y en ello por supuesto que la leyenda también ha jugado una baza importante. Durante siglos, en los que la arqueología no era precisamente una disciplina esencial, hubo autores que a la ligera se aventuraron a formular sus particulares hipótesis. Folclore, tradición y costumbres ofrecieron una miscelánea amplísima sobre los orígenes de Stonehenge.

En la actualidad, gracias a rigurosos estudios científicos podemos afirmar que hace unos cinco mil años existió una cultura en tierras británicas que buscó en el Sol y en la Luna las fuentes de inspiración espiritual necesarias para crecer como sociedad. Curiosamente, esta búsqueda de referencias religiosas fue común en todas las poblaciones humanas de la época. Era el momento de levantar grandes construcciones que miraran directamente al cielo en el anhelo de conectar decididamente con los dioses o astros protectores. De esa forma, mientras en el 2800 a. C. se erigía el gran santuario de Stonehenge, en otras partes del planeta se alzaban edificaciones megalíticas que parecían pertenecer a una misma idea. Lo curioso es que, según la ciencia ortodoxa, en ese periodo prácticamente era imposible pensar en una comunicación fluida entre los pueblos moradores del planeta Tierra. ¿Cómo puede ser entonces que se